

José María Gómez

LA FUSIÓN
MEMORIAS DE OFICINA

2º PREMIO
FONDO NACIONAL
DE LAS ARTES

INTERZONA

José María Gómez

**LA FUSIÓN.
MEMORIAS DE OFICINA**

INTERZONA

INTERZONA

Gómez, José María

La fusión : memorias de oficina . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2015.

144 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-3874-06-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

© José María Gómez, 2015

© interZona editora, 2015

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Silvia Garrido

Corrección: Bettina Villar

Composición de tapa: Victoria Villalba

Foto de tapa: © LoloStock / Fotolia

ISBN 978-987-3874-06-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

La Fusión. Memorias de oficina, obtuvo el segundo premio de novela del Fondo Nacional de las Artes 2013 del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial del Fondo Nacional de las Artes, año 2013. El jurado estuvo integrado por Claudia Piñeiro, Luis Guzmán y Anibal Jarkowski.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

UNO

Cuando golpeó la puerta yo supe que era él. Lo estaba esperando. No es fácil para cualquiera, y menos para un guardia de seguridad recién incorporado al Centro Comercial, tener una entrevista conmigo. Yo autoricé su venida. Así que levanté la voz para que le quedase claro y cuando entró, con los cabellos húmedos y oliendo a colonia, le ordené que se sentara. Me levanté luego de un rato, cuando terminé de leer el informe que había pedido sobre su desenvolvimiento. Antes de hacerlo me detuve en la foto que acompañaba la planilla y, como para constatar que era él mismo, lo miré fijamente. El muchacho no bajó los ojos. Los mantuvo firmes. Cuando llegué a él, rodeando el escritorio, quiso levantarse pero no lo dejé hacerlo. Apoyé mi mano fuertemente sobre su hombro derecho y le dije que no se preocupara. Que nos íbamos a entender. Desde atrás, inclinándome levemente, podía atisbar que mantenía abiertas sus piernas, firmemente apoyadas sobre la alfombra, y percibir la respiración agitada. Sobre su cuello intenso resbalaban algunas gotas que caían desde sus rubios cabellos y más cerca de él, bajando la cabeza, sentí el aroma perfumado de su piel, dorada, que se combinaba maravillosamente con la aridez de la lavanda. Bajé mi mano. Alivianándola, fui rozando su pecho cada vez más abajo, pero mis dedos comenzaron a temblar de pronto, involuntariamente. Retiré mi mano con violencia, antes de que se incendiara. Volví a mi asiento. Más tranquilo, le pregunté sobre el honor de su visita. Mientras tanto, abrí un cajón de mi escritorio y constaté que las esposas seguían en su lugar. Brillantes, me encandilaron un momento, pero el fulgor de estas se apagó al instante. Cerré con cuidado. Delante de mí, el muchacho comenzó a hablar y el sonido de su voz, grave y aterciopelado, comenzó a irradiar sobre mis sentidos una catarata de estímulos que fueron invadiéndome, dañándome,

sin poder resistirme mientras permanecía erguido y quieto sobre mi asiento. Cuando toqué fondo, cuando sentí que estaba por resbalarme y que, de hacerlo, habría terminado acurrucándome en la sentadera del sillón, me rescaté a mí mismo. Lo interrumpí secamente. Me miró sorprendido pero sin querer cometió un error imperdonable: se pasó la lengua por los labios, nervioso, al mismo tiempo que apoyaba una mano sobre su espalda dejando al descubierto, fatal, el hueco de su axila. Hiriendo el aire el olor, brotaron rosas que me dejaron sin aliento. Entonces reaccioné, como pude, para no asfixiarme. Comencé a hablar. Las palabras, vanas, sin sentido, que no lograban reflejar lo que estaba sucediendo, no obstante me dieron un respiro, aliviándome. Y cada tanto lo miraba. Pero no podía evitar, porque no quería hacerlo, que en cada coma, es decir, en los silencios que hacía en mi alocución para tomar oxígeno, se colase su cuerpo. Cuando terminé mi discurso, la construcción gramatical que había logrado olía tanto a muchacho que me dieron ganas de llorar. Entonces, desde lo más profundo de mí, comenzaron a surgir cálidas oleadas de sentimiento, imprecisas primeramente, más tarde perfilándose, inducidas por la visión de su rostro, cobrando intensidad, desbordándose, una curiosa tempestad de impulsos cuyo efecto más claro fue un repentino deseo de golpearlo, de echarme sobre él y apoyar fuertemente la palma de mis manos sobre su cara hermosa, de abrir la boca para beber de un sorbo la transpiración de su frente. Pero no hice nada. Le sonreí. Le dije que para su edad era muy atrevido. Se largó a reír. Apoyé fuertemente mis brazos sobre el escritorio para que no lo arrancara de cuajo el vendaval que desató su risa. Comenzaron a dolerme los puños por el esfuerzo de sostener un orden que amenazaba derrumbarse a cada instante, en tanto que la daga ardiente que se clavó en mi pecho se hacía insoportable. Me dijo que lo único que deseaba era progresar. Fue la señal. Me incorporé lentamente y cuando tuve la absoluta seguridad de que sus ojos azules me sostendrían, me eché de golpe sobre el escritorio. Arrastrándome, los objetos inútiles de oficina que estaban sobre la mesa se estrellaron contra el piso mientras llegaba al otro lado. Abrí la boca. Sus labios gruesos eran la exacta reproducción de la felicidad.

* * *

Las tareas inherentes a mi posición en esta compañía son sumamente complejas. De más está decir que haber arribado a una responsabilidad de tal envergadura me exigió, durante los años anteriores, una dedicación a toda prueba que tuvo su recompensa hace exactamente diez años, cuando cambió el paquete accionario y arribaron los franceses. Antes de eso, apenas con un cargo de ínfima categoría en la sección Expedición y Reclamos –ahora Atención a Clientes–, me había impuesto desarrollar mis actividades con total corrección tras el objetivo de ocupar el puesto que desempeñaba un contador sumamente mediocre, de apellido Gómez, el cual, a mi entender, distaba mucho de estar a la altura de las exigencias. Una sección muy sensible, sin ninguna duda, habida cuenta de que muchas veces la total satisfacción del cliente dependía de la eficacia de nuestra actividad. Los innumerables reclamos a los que debíamos responder –sobre todo durante la temporada de ofertas–, no eran suficientemente atendidos con la solvencia que se requería para solucionarlos: firmeza y amabilidad, y una atención sumamente concentrada en las palabras del cliente que intentaba explicarnos, la mayoría de las veces con evidentes limitaciones de lenguaje, la índole de su problema con el producto adquirido. Problemas que tenían que ver con arrepentimientos posteriores a la compra o dudas en todo caso humanas, y que una sonrisa adecuada en el momento justo lograba suplantar maravillosamente lo enojoso de la situación. La tosquedad de modos y la absoluta falta de flexibilidad que exhibía aquel Gómez, nuestro jefe, agravaba las circunstancias de por sí difíciles, y en más de una oportunidad fui requerido por los propios clientes para que intercediera ante aquel. Con las señoras de cierta edad y con los muchachos –aunque estos no abundaban–, contaba yo para mis mejores intervenciones las cuales, lógicamente, debieron trascender los límites de nuestra sección. Una mañana particularmente agitada, y en presencia de un nuevo directivo –quien luego me citó a su despacho–, posibilité una resolución favorable a la oportuna presentación de un joven cliente que pretendía la devolución de un suéter rojo; pero además el muchacho, que sonreía permanentemente, o la situación, que supe manejar con holgura, coadyuvaron de manera perfecta con mis propósitos porque quiero

aclararles que en ningún momento perdí la conciencia de lo que se estaba jugando a mi favor. El director de Marketing, un licenciado en Relaciones Públicas recién egresado de una universidad privada, presencié arrobado el diálogo con el cliente y, más tarde, ya acomodado en su escritorio, me aseguró que la Empresa estaba en conversaciones con un grupo inversor y que, de prosperar el asunto, sugeriría mi nombre para una responsabilidad mayor con relación a los renovados objetivos comerciales que se estaban diseñando. Este ejecutivo era muy joven y había sido recientemente incorporado a la compañía. Se llamaba Eduardo Martínez.

* * *

De todos modos y a raíz de la índole familiar de la Empresa por aquellos tiempos –antes de la fusión–, la *llegada* al Directorio del contador Gómez no era poca cosa. Casado con la sobrina política de uno de los socios fundadores –“el señor Pedro”, tal como todos lo conocíamos–, unía a su mediocridad inveterada una relativa aptitud para la intriga. No estando en condiciones de encontrar en la realización de mis tareas la más mínima posibilidad de desmérito, optó por recurrir a estratagemas en donde la mentira y la difamación venían a suplantar la absoluta falta de talento para llevar a cabo su trabajo de manera eficiente. Enterado por fin de mis reales propósitos, los cuales, obviamente, nunca manifesté abiertamente aunque resultaba bastante claro para todos los demás integrantes de la Sección –sobre todo desde la aparición en nuestros asuntos del mencionado Eduardo Martínez–, el imponderable Gómez, después de procesar el golpe optó, en una primera instancia, por intentar hacia mí unos débiles e inconstantes movimientos de acercamiento y pretendida afabilidad que inevitablemente me producían una profunda sensación de asco. Más adelante, y merced a diversos acontecimientos que trataré de pormenorizar para ustedes con la mayor objetividad posible, bueno, si me están escuchando con atención omitirán la última aseveración: quise decir con la mayor subjetividad posible, para que se entienda; decía entonces, que luego del primer impacto, este señor Gómez ocupó buena parte de sus

horas de trabajo en llevar cuentos a su pariente político sobre mi persona. Quiero adelantar, a fin de que me vayan conociendo, que yo jamás faltaba al empleo, llegaba más temprano que los demás y, asimismo, me retiraba cuando se habían apagado todas las luces del negocio. Siempre atildado en el vestir, había descubierto qué tipo y color de trajes me favorecían; también tenía la facultad de acertar en la combinación de mis corbatas con las múltiples camisas que colgaban ordenadamente en mi guardarrropas y, sobre todo, asesorado discretamente por un viejo peluquero que me atendió durante años, yo exhibía siempre un corte perfecto de mis cabellos oscuros y de mi bigote, al cual consideraba elegante. Mis ojos son claros. Y mi mirada, fuerte –cuando la logro–. Al estúpido de Gómez le costó sostenerla cuando fui a preguntarle –correctamente y sin levantar la voz, aunque de todos modos sonó inusitadamente grave–, a qué debía atribuir el recorte de sueldo que intempestivamente me había efectuado por motivos a todas luces inexistentes. No supo contestar y, balbuceando –lo cual terminó convenciéndome de su total inoperancia para enfrentar situaciones de cualquier tipo–, me acusó de estar descuidando mi trabajo actual por promesas de mejor posicionamiento que estaban muy lejos de concretarse, y que los nuevos *jefecitos* –con ese término definía a los técnicos en ingeniería empresarial contratados para llevar adelante la fusión–, *iban a volar todos* –así se expresó– si los franceses se arrepentían y no compraban nada. *Y tu amigo, el primero*, agregó, con una intención solapada que percibí enseguida y que me apuré a desmentir, a sabiendas de que mis visitas realizadas a Eduardo Martínez pudieran haber despertado algún tipo de suspicacia que aprovecharía este imbécil. Estábamos hablando de quien, luego de la primera invitación a su oficina –y como lógica consecuencia de lo acontecido en esa oportunidad–, me llamó muchas veces y no solamente para hablar de asuntos de oficina. Es que un tiempo después, con sus más y sus menos, comenzamos a desarrollar un tipo de amistad que aparejaría no pocas consecuencias para mi futuro en la Empresa.

* * *

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA